

LA PLICA DE BALBINO EL VIEJO

LA BUSQUEDA (III)

(Fragmento)

—En efecto —le contestó devolviendo el encuadernado a Óscar—. Aunque la historia de este manuscrito también a mí me ha picado la curiosidad, lo cierto es que no podía rechazar el ofrecimiento de estos señores. Todos los días no tiene uno la oportunidad de participar en una expedición a Europa. Desde siempre he deseado realizarla y, cuando no ha sido por una cosa, ha sido por otra, pero jamás conseguí tomar parte en una de ellas.

—Pero nadie mejor que usted, biólogo insigne y director del principal emanatórium de Sudamérica, para conocer los peligros con que nos vamos a encontrar allí.

—Naturalmente, joven —le respondió el profesor levantando la cabeza—. Sé a la perfección lo que vamos a encontrar en ese biotopo al que nos dirigiremos. Como todos, conozco la existencia de esos seres que sufren las consecuencias de una imperdonable y trágica guerra que acabó con más de la mitad de la población mundial. Pero le repito que no puedo desaprovechar la oportunidad de conseguir las muestras necesarias para, a la vuelta, crear el biocitocultivo que me permitirá efectuar los ensayos precisos y gracias a los cuales, al cabo quizá de unos pocos años, dar con el medicamento apropiado para combatir la tara genética de esas pobres gentes. Siempre será mejor, digo yo, que matarlos a todos, tal y como fue planeado hace poco años.

—Creo que sueña, profesor —dijo Long—. Si de verdad usted consiguiera eso que dice, por supuesto que sería la mejor solución. Pero, ¿y si no fuera así?... No podemos continuar en esta situación. La mitad de la Tierra está poblada por monstruos horribles, inmersos en una involución cada vez más grande, destrozando la mitad del planeta y reproduciéndose como chinches, mientras nosotros, los civilizados, los verdaderos continuadores de la raza humana, debemos conformarnos con la otra mitad de la Tierra y buscar incansablemente por el espacio lugares apropiados para extendernos, donde hallar sitio para nuestras familias. De acuerdo que, mientras duró la barrera radioactiva, no podíamos hacer otra cosa que esperar, pero ahora nosotros ya podemos tomar posesión de esa parte del mundo sin peligro. ¿Por qué dejarles continuar

destrozándola y sin permitirnos siquiera acercarnos por miedo a que nos maten o devoren?

—Me permito recordarle una cosa y pedirle que medite acerca de otra, señor Long —respondió el profesor Mazursky arrellanándose en su butaca—. Esas personas, pues tales son aunque nos cueste admitirlo, no tienen la culpa de ser como son y sufrir como sufren. Ellos no. ¿Qué culpa tienen de que un reducido grupo de sus antepasados permitiera que se produjera la mayor catástrofe de la historia de la Humanidad? Ellos están pagando la consecuencia, no nosotros, viendo nacer a sus hijos cefalódimos, triatlódimos, o como el inolvidable doctor Solé describió en el libro que publicó después de conseguir regresar de su único viaje a Escandinavia, sufriendo las más degradantes enfermedades, como la coprolagnia, que les obliga a retozar en grupo de enormes y nauseabundos charcos de excrementos. Ellos sí sufren las consecuencias de la irresponsabilidad y locuras de nuestros antepasados. Y, como usted tan bien ha advertido, nosotros sí somos los descendientes de aquellos civilizados que provocaron todo esto. ¿Cómo recibiría usted a los hijos del asesino de su familia e incluso de toda la descendencia que usted pudiera tener en el futuro? Para ellos, nosotros somos los hijos de sus asesinos y también nos consideran como potenciales culpables de su exterminio. Ya en eso no van tan desencaminados, ¿verdad?

—Es usted un sensiblero, profesor.

—No, señor Long. No soy un sensiblero. Simplemente me considero una persona y como tal he deseado siempre comportarme. Por eso me avergüenzo de pertenecer a esta humanidad —Mazursky esperó a que su voz dejase de temblar y continuó seguidamente su exposición—. Por otra parte, habría que pensar que, indirectamente, quizás esos seres nos han hecho un favor, forzándonos a salir al exterior en busca de nuevos lugares y nuevos mundos. Si hubiésemos contado con todo el planeta, posiblemente hoy en día todavía no habríamos pasado de la Luna.

—Permítanme que les interrumpa, por favor —dijo Óscar—. Pero considero oportuno que pospongan este debate, muy interesante en verdad, para otra ocasión, y pasemos a adentrarnos en los preparativos de la expedición de mañana.